

MILENIO

ACTO I - Bien por Bien

Por alguna razón, el invierno de ese día era más pálido, más frío. ¿Era por ser el día final?

Yo, el humano más cercano a lo que se llamaría un «dios», veía al casi interminable gentío desde lo más alto, apenas visible por las espesas nubes. La cúspide del «bien» vivía bajo mí. Yo avancé hacia esta cúspide. Yo la creé.

Aún con los grandes avances de toda la humanidad, no esperé lograrlo en tan sólo novecientos años. Aquí se notaba la diferencia; el camino largo de uno supera al corto de muchos. Aunque quizá ese era un caso único para pocos.

—Todo este bien —susurré para mí en medio de la incontenible soledad del castillo—, toda esta felicidad que traje para todos, al final..., sólo la traje para destruirla junto a todo.

Extendí mi brazo y dejé que un copo de nieve cayera sobre mi dedo. Su color pálido me recordó a los ojos de mi esposa, mi primera y última, cuyas palabras me devolvieron por un instante a hace ocho siglos.

«Entonces, lo que dices es, básicamente, un “bien por mal, mal por bien”, ¿no es cierto?».

—Al final, no era bien por mal o mal por bien, sino bien por bien. Todo el sufrimiento acabará. No hay «mal» en eso.

Cuando el copo de nieve se derritió en mi dedo tosco, lo puse en mi mejilla, algo nostálgico recordando sus últimas dulces palabras:

«Cuando lo logres, confía en que estaré apoyándote desde otro lugar».

—Gracias, Hin'ah.

Ya podrás descansar. La espera acabó.

Con un suspiro al olor a antigüedad, me giré hacia el oscuro interior de mi gigantesco castillo, sólo para encontrarme con que la espera aún no acababa.

—Nadie podrá descansar si tomas esa decisión —dijo felizmente el dios de este mundo frente a mí—. Aún falta un paso.

Me detuve para observar la grieta pálida en la realidad. Fue la primera vez en tantos siglos que me encontré con algo superior a mí, pero mi serenidad se mantuvo impasible. Me sentía cómodo, incluso.

—Así que existes.

—Para culminar con el «bien por bien», como quieres, primero hay que acabar con todo el otro lado de la existencia. ¿Qué dices? Lo prepararé en paralelo a ti para que sólo tengas que dar el último paso.

De alguna manera, me hizo sentir que lo que decía era verdad. Creí que su capacidad de mentir o engañar era inexistente, imposible.

Mi respuesta, por supuesto, fue:

—Acepto.

¿Qué serían de estos nueve siglos si no?

Inmediatamente, la pálida grieta en la realidad me envolvió y, aunque ya era tarde, comprobé la existencia del alma. Mi alma cambió; fue imbuida de una superior que se sentía algo familiar.

Hace mucho, después de la muerte de Hin'ah, el científico que descubrió la inmortalidad absoluta me habló del alma con gran simpleza. Su sonrisa vacía y serena permaneció igual, sin verdadero brillo.

«¿Cómo descubrí la inmortalidad? Sólo usé mi alma. Fue una tarea simple; por capricho, se podría decir».

Y aun así moriste, mi gran amigo Gahma.

Miles de almas se hacían notables bajo mí. Otro plano existencial.

¿Qué es todo esto? ¿Cómo se mantuvo oculto?

Resumiendo, aquí sólo existen quienes quieren vivir; los que no, inexistencia absoluta. Y adivina qué. Estabas a punto de enviarte aquí junto a todos.

Entonces, este mundo era un polo opuesto al mío.

Dicho eso, había algo extraño.

Lo siento, pero conectarse con este mundo requiere de una cantidad exorbitante de almas. Tengo que guardar energía para cuando acabes con la voluntad de existir de todos.

Con eso, la grieta del dios desapareció, así como su presencia en mi alma.

Mi objetivo, entonces... Lo siento por todos; es por un bien mayor, el bien final. Después de eso, no habrá lugar para el sufrimiento. No habrá lugar para existencia alguna.

Ahora, era momento de entender la extrañeza. Me sentía conectado a algo a través del alma.

—Parece que trabajaste mucho tiempo en esto, dios.

Caminé hacia al gigantesco barandal en el que estaba y contemplé la hermosa vista nublada que parecía más un precipicio. Ahora sólo podía notar las almas en el nuevo plano existencial. Eso era a lo que me sentía conectado.

Qué alma anómala es la mía.

... Pero aún había algo extraño.

Destrucción. Sí, eso era. La razón no fue difícil de concluir.

Tras un vistazo al escenario que me acompañó durante la mayor parte de mi vida, caminé hasta mi viejo trono dorado, Hakah, y me senté recordando con cariño todas las veces que lo usé, así como la vez que lo encontré hecho completamente de oro.

Puede que éste sea nuestro último encuentro, antiguo compañero.

Aplaudí dos veces. El grueso eco resonó y varios mecanismos se activaron, dando inicio a mi magistral descenso de dos kilómetros. Cuando el trono empezó a bajar a través del espacio recién abierto, todo se oscureció.

Qué nostalgia. Antes, se suponía que nadie debía verme, pero ahora era yo quien haría que lo vieran. Conforme bajaba, la atmósfera de destrucción subía.

Aunque me pareció extraño que todo funcionara sin problemas, rápidamente concluí el porqué.

Varios minutos después, todo se iluminó. Llegué a la sala principal. La sala de la construcción más masiva de la historia. Dos gigantescas puertas estaban firmes a cincuenta metros. Frente a mí, se extendía una longeva alfombra beige, por la que caminé tras levantarme del trono.

Qué innecesario se siente todo cuando no hay nadie. Igual de vacío debe estar afuera.

Recordé esos grandiosos momentos en los que me ponían la gruesa y larga capa marrón como mi cabello que llevo, la cual sólo usaba antes de salir. En lugar de con esa grandeza usual, caminé con solemnidad y aplaudí dos veces, que hicieron a las puertas abrirse ominosamente.

Ahora, si alguien me espera, mi más sentido pésame ante lo que tenga que sufrir para elegir la inexistencia. Pero es por el bien.

—¡Su sufrimiento acabará! —exclamé ante las dos presencias fuera de las puertas.

De entre todas las almas que siento, éstas son las más cercanas.

Cuando me acerqué hacia ellos con la intención de darme una mejor imagen de todo este mundo, lo noté: estaban paralizados.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Terror. Desesperanza. Impotencia. Eso fue lo que sentí en ellos antes de que sus almas desaparecieran de la existencia.

Confundido, seguí caminando.

... ¿Qué fue todo lo que tuvo que suceder para que le pudieras brindar tanto poder a esta alma, dios? ¿Qué hiciste?

Eso me pregunté, no sólo por lo recién ocurrido, sino por el escenario perfecto ante mí. La destrucción que sentía no era física.

Por fuera, el masivo reino era igual al del otro plano; por dentro, cada alma quería gobernar sobre todo, ser el nuevo dios. De entre las miles de almas, no sentí ninguna con una voluntad muy diferente.

Este lugar se ha moldeado durante milenios. A esto es a lo que ha llegado, pero, a juzgar por lo que dijo el dios..., él mismo hizo que se mantuviera perfecto para mí.

Dudoso, me adentré en el imponente reino de Tevel, el último existente.

Qué extrañezas. El deseo de inexistencia no es sólo una manera de llegar a la inexistencia; es la única. Por eso hay tanto sufrimiento de los mismos.

Pasó un tiempo desde que me adentré. Fue sorprendentemente fácil acabar con todos los que estuvieron cerca. No había podido tocar a nadie, siquiera.

Pero era extraño, contradictorio. Mi presencia nunca debió ser temida; de hecho, se podría decir que nunca fui temido, sino todo lo contrario.

También, noté que el alma de todos, sin falta, tenía un pequeño fragmento de vacío, uno del que carecía.

Y ahora...

—¿Eres tú al que llaman «el Abismo»?! —gritó alguien emocionado desde lejos, a unos veinte metros.

Todo a mi alrededor estaba libre de almas, por lo que fue fácil escucharlo.

—Soy yo.

Se me acercó a paso rápido.

—¡Escucha! ¡Acaba con alguien más, y someteré a mil de esos bastardos egocéntricos a un año continuo de tortura! ¡¿Oíste?!

Mi más sentido pésame. No es mi culpa que tengan que sufrir tanto para liberarse por siempre del sufrimiento. Sin embargo, tomo toda la responsabilidad.

Era un hombre de alma destacable y un tanto diferente. A juzgar por su apariencia de marcas y ojos azules etéreos, era probable, que la «forma» del alma influyera en cierta medida con lo físico.

Si es así, entonces eso tiene que ver con los cambios mentales que mi alma ocasiona a los demás.

Caminé tranquilamente hacia él.

—¡Fuiste advertido! —Aplaudió.

Una extraña onda se expandió junto al sonido y exactamente mil almas empezaron a retorcerse de sufrimiento, tanto físico como mental. Aunque algunos se resignaron a no existir casi al instante, no fueron ni la sexta parte de los mil.

Admiro sus fuertes voluntades, pero, sea él, yo o alguien más, terminarán igual.

Mencionar eso podría significar una desventaja a largo plazo, por lo que me lo guardé y encaré al hombre, que corrió hacia mí de repente. No obstante, se aterrorizó poco a poco.

—¡Ohh, discúlpeme! —Su voz se debilitó—. No es usted a quien llaman Abismo; es el Abismo. Ahora entiendo. —Aplaudió, y la tortura se detuvo—. ... Si piensa demoler mi voluntad, ¿cree que podría hacerlo sin infundirme sufrimiento, por favor? ¿O le podría ser útil algo...?

Sorprendente.

—¿Es así como los poderosos de aquí enfrentan su destino?

Aunque pregunté con calma, empezó a temblar y cayó de rodillas en un intento de reverencia. Me alejé.

—... D-disculpe. No... estoy seguro.

A varios metros de él, dije:

—Alégrate, me servirás.

Sin embargo, no tuvo efecto.

Qué lástima. Sólo mi alma los afecta.

Un minuto después, él seguía igual.

—Ah, qué decepción, qué tristeza. El alma no puede ser cambiada así de rápido, parece ser. ¿Cuál es tu nombre? —pregunté.

—... S-Spitze.

—Gracias, Spitze. Descansa.

Con eso, su alma desapareció, él desapareció. A pesar de su notable longevidad, fue así de simple.

Analizando lo sucedido, empecé a caminar de nuevo.

Si un cambio tan drástico deja al alma tan destruida, ¿durante cuánto debe modificarse para no sufrir consecuencias negativas permanentes? Parece que novecientos años no es mucho aquí.

Caminé durante días sin que nadie tan notable como Spitze apareciera, hasta que, lamentablemente, se percataron muy rápido de mi existencia y huyeron. Aunque intenté alcanzarlos, cerraron las fronteras de la ciudad, y sólo pude acabar con los que quedaron conmigo.

Tendré que poner a prueba lo que noté de los poderosos.

Moldear el alma. Algunos lo intentaron hacer para huir o amenazarme.

Ciertamente, aquí a nadie le importaba el otro, más que para hacerlo sufrir o reducir su propio sufrimiento. Verlo tanto me implantó un cierto sentido de urgencia.

Entonces...

Intenté moldear mi alma a intención simple, pero no funcionó. Por eso, rememoré los pequeños cambios que sentí en el alma de quienes lo intentaron e hicieron. Funcionó. Hubo, por un instante, un leve cambio en mi alma.

Pero aún me faltaba mucho para poder hacer algo con esos gigantescos muros. Apoyé mi mano sobre el más cercano.

¿Está hecho a partir del moldeo del alma...? Oh, ahora lo entiendo mejor. El alma puede moldear lo físico.

No me quedó otra opción que usar mis dos brazos. Como alguien que experimentó en carne propia los repentinos cambios a lo largo del tiempo, sabía lo riesgoso que podría ser desperdiciarlo, más aún con las extrañezas de este plano.

Dispuesto a darlo todo de mí, apoyé de nuevo mi mano sobre el muro para analizarlo y quizás descubrir algo útil, así como extendí la otra para practicar el moldeo del alma.

—Aunque no lo quiera, un año es el tiempo probable para salir de aquí. Mi más sentido pésame.

Lamentablemente, tardé diez veces más que eso. Fue mucho más complicado de lo que esperé. O, debería decir, su complejidad aumentó mucho más de lo esperado.

Por supuesto, durante ese tiempo, varias cosas cambiaron. Muchos se fueron del plano, pocos vinieron. También, varios fueron enviados a mí para revisar mi estado. Al tener al «Abismo» como enemigo, se prepararon de inmediato para cuando rompiera estos muros. Cabe decir que nadie de los que vino sobrevivió.

—Al fin se acabó.

Me pregunto quién era el verdadero Abismo. ¿En serio intentaron enfurecerlo? Bueno, no soy él, y no respaldo todo el sufrimiento innecesario que crearon gracias a mí.

Por primera vez en varios años, mi mano izquierda dejó de estar en contacto con el muro; no porque la moví, sino porque el muro se desmoronó. Detrás, había un ejército de varios cientos preparado para enfrentarme.

Antes de que todo el polvo terminara de caer, un poderoso ataque conjunto se lanzó para inmovilizarme tanto el cuerpo como el alma.

Con mi brazo derecho, el del moldeo activo del y por el alma, esparcí mi esencia por todo mi alrededor. Cuando sus ataques la tocaron, usé mi brazo izquierdo, el del análisis, para conectarme a ellos y deshacerlos en gran manera para reducir sus potenciales efectos sobre mí.

Dicho eso, después de dejar mi esencia esparcida, moldeé directamente mi alma con tanta brutalidad que sus ataques por poco me llegaron. No dejé todo el interior de las fronteras en los restos de los restos para nada.

—Admirable —dije.

Al parecer, mi alma no les permitió atacar como de costumbre, lo que me sorprendió, ya que quedaron bastantes, no sólo vivos, sino esperando para atacar desde lejos.

No. Lo que esperaban era a su líder, que se abrió paso a través de ellos, hacia mí. Aún en mi lugar, a treinta metros de él, dije:

—Incluso dentro de tanto egoísmo, parece que se puede encontrar la unión, aunque sea una retorcida que traiga sufrimiento.

El líder, un hombre alto cuyas vestiduras violetas se arrastraban por el suelo junto a su cabello ciruela, frunció el ceño y levantó su mentón aún más.

—Dime quién eres —ordenó—. Tú no eres Rishon.

—¿Rishon? ¿Así es como te llaman, Abismo? —murmuré y levanté mi voz—. Es correcto; sino, ¿por qué crees que tardé tanto en salir?

Es de los que hace sufrir por placer.

—Heh... ¿Llamas a diez años «tanto», impostor? Los muros erigidos ese día fueron reforzados hora tras hora. Te dejé salir tan rápido porque vi que empezaste a adaptarte al refuerzo más rápido de lo que el refuerzo se adaptaba a ti.

—Debían abrumarme de tal manera que eligiera la inexistencia, pero resultó ser al contrario. —Ahí, lo entendí—. ... Supongo que debo agradecerle a Rishon, entonces.

Nunca me agradó que me llamaran «Abismo», pero, al final, Spitze sí que dijo lo correcto: «No es usted a quien llaman Abismo»...

Lo soy.

De nuevo, ¿qué infiernos tuviste que soportar para darme el poder de Rishon, dios?

—¿Sabes?, ahora no quiero saber tu nombre —dijo soberbiamente—. El nombre de un ladrón impostor no merece ser recordado. Sólo los superiores deben mantenerse a sí mismos junto a su nombre; sólo los superiores tienen derecho a mencionar su nombre; sólo los superiores deben tener nombre. —Se detuvo a pocos metros de mí y dio a los suyos la señal de avanzar—. Yo soy Leiden.

—Interesante. A pesar de eso, ¿lucharás con tus herramientas?

—Un impostor no merece ser enfrentado con honor.

Honor...

Ni siquiera me dejó responder antes de moldear violentamente su alma hacia mí.

¿Durante cuánto tiempo me he mostrado honrado frente a todos?

Sentí peligro. Aprovechando que el alma de Leiden me llegaría primero, moldeé la mía y la alcancé. Tendría un breve momento más para analizarla antes de que los suyos me abrumaran.

Corrosión.

Cancelé todo contacto de inmediato y me conecté a los más cercanos para poder enfrentarlo mejor, pero sentí lo mismo.

Corrosión.

Conectar con cualquiera de sus almas me sometería a ese estado de modificación leve pero permanente de la mía. Parece que subestimé su capacidad de cooperación, lastimosamente.

Modifiqué mi alrededor inmediato y me impulsé lejos de ellos. Luchar rodeado de ellos era muy peligroso.

—No puedes —dijo Leiden siguiéndome.

Sus almas me rodearon por completo.

Quería evitar este escenario. Lo siento también por mí.

Me moldeé hacia el hombre más lejano a Leiden y, conforme un gran sufrimiento corrosivo me envolvió, conecté por un instante con él y sus más cercanos. Segundos después, mientras compartíamos un creciente deseo directo e indirecto de inexistencia, una mortífera reacción en cadena se creó.

Sólo Leiden y yo quedamos en pie.

Como era evidente, ambos ahora sufríamos. Sufríamos tanto como los que recién dejaban la existencia.

... Ellos pueden simplemente abandonarlo todo cuando quieran... ¡Pero yo no! ¡Primero, debo acabar con todo el sufrimiento!

No sólo subestimé su capacidad de cooperación, sino su fuerza de voluntad.

—Ahh, qué maldito desgraciado —dijo Leiden entre dientes—. Deberías estar muerto, pero sigues aquí. ¿Por qué?! Estás adaptándote a la corrosión del alma, ¿no? Sí, así es.

—Y todo gracias a que me encerraron.

—No. Gracias a eso mismo es que morirás. Una corrosión que aumenta exponencialmente no puede ser detenida.

Aunque no era exponencial, sí lo noté; la adaptación, resultado de mi análisis, eventualmente sería sobrepasada. Mi alma terminaría por ser tan retorcida que, sin importar mi voluntad, elegiría inexistir.

—Entonces debo acelerar mi paso.

Esto traerá un nivel de sufrimiento que no quería, pero es mi nuevo camino. Lo... siento.

—Haz lo que quieras. Ya no necesito hacer más.

Con eso, Leiden dio un repentino impulso para alejarse de mí y nunca volver a verme durante ¿dos siglos, quizás? Seguro pensaba encontrarme y burlarse de mí en mi último minuto.

Pero ¿qué importaba? No pasaría.

El aire entre él y yo se rasgó como un rayo, destrozando todo a su alrededor.

Sigue ahí.

Él era la única figura sobresaliente del suelo en un gran radio. Cuando corrí, habló molesto:

—Así sólo acelerarás tu sufrimiento.

No dijo eso porque alterar lo físico con el alma la afectara; alterar el alma con lo físico lo hacía. Tan simple como suena. Ahogar a alguien que es inmortal a su propia elección no lo mataría directamente, pero haría que, tarde o temprano, él mismo lo eligiera.

—Por el bien de que abandones tu sufrimiento —dije.

Tanto para ti como para mí, conectar almas no es una opción para nada viable. Un combate de desgaste a través del dolor será.

Leiden, por primera vez, extendió un brazo. Desde la palma, moldeó su alma de tal brutal manera que empezó a concentrar toda la energía cercana como una tormenta siendo contenida en una simple línea.

Para cuando terminó la creación de su arma de energía, la forma de ésta, una aguja de tres metros de su misma altura, era de un etéreo color naranja que lo calcinaba todo, excepto a él.

—Así que puedes hacerte inmune a tus propias armas. Qué avances monstruosos los que se hacen aquí.

Combinando el alma y la física, creó un leve manto aislante de calor. Por supuesto, sólo el calor suficiente para que no fuera la causa mayor del sufrimiento.

—Eso pienso ante quien te regaló el alma de Rishon.

De nuevo, no me dejó responder. Desde su aguja, una maraña cegadora de hilos emergió en todas direcciones y arrasó todo a su paso, yo incluido. Sin embargo, fue porque fui hacia Leiden a máxima velocidad. La destrucción que dejé detrás fue más ruidosa y violenta que una tormenta entera.

No vi nada; no olí nada; tampoco oí nada gracias a mi agonizante grito. Sólo recuerdo sufrir aún más. ¿Por qué?

Corrosión.

Mi alma, que moldeaba a todas las demás pasivamente hacia el sufrimiento, conectó con la de Leiden.

Eso fue suficiente para que me dejara enfriar el infierno.

—¿Sigues pensando que esto es un combate?! —pregunté.

Ante mí, yacía Leiden sufriendo como casi nadie antes lo hizo. Todo por mi mano. Hoy era el día de congelación y descongelación absoluta en diez mil partes diferentes.

Desde esa vez, cuando conecté mi alma a la de él, no lo volví a hacer porque con el sufrimiento físico bastaba. Pero ya eran cinco meses desde ese día.

—Tu voluntad no es admirable. ¡Desaparece! ¡No vivirás para cuando sea corroído! ¡Se acabó tu existencia, acéptalo!

Al principio, lo hacía para acabar con su sufrimiento, pero después de escuchar y ver todo lo que hizo, empecé a actuar sólo para que sufriera más.

Justo ahí, en ese momento, toda su resistencia cesó por completo. Él nunca aceptó su destino; su alma sí.

En sus últimos momentos, lo sustuve del cuello. Lo acerqué a mi rostro con una mirada tanto de satisfacción como odio, cortante como la obsidiana. El escenario en que alguna vez me encerró, sólo eran cenizas frías.

Con el sudor y cansancio acumulados durante ese tiempo, mi sola presencia creció como una llama del dolor, del sufrimiento, del fin. Lo cubrió como la oscuridad del vacío mismo ante mis palabras:

—Como dijiste hace mucho, Leiden, sólo los superiores tienen derecho a mencionar su nombre. Entonces, escucha. —Me acerqué a su oído y susurré, susurré un aliento de almas—: Yo soy Acharon, la última existencia.

Tras eso, Leiden dejó de existir.

ACTO II - Mal por Mal

Después de la inexistencia de Leiden, continué por mi camino a través de la ciudad destruida. A juzgar por el aumento de la corrosión durante el tiempo, no me quedaban más de cien años antes elegir la inexistencia.

Pensé que podría cumplir mi primer milenio si así lo quisiera, pero eso parece demasiado riesgoso.

Tras algunos días de caminata, empezó a nevar. Aquí, por alguna razón, los inviernos se sentían más pálidos. Siempre me hacían sonreír al recordarme a mi esposa.

Tanto sufrimiento puede ser aliviado con sólo pensar en ti, Hin'ah.

Aunque ocasionalmente caía de rodillas para aceptar el hecho de que cada año sufriría cada vez más, mi objetivo seguía siendo el mismo.

—Acabar con todos.

Pero algo que noté con el transcurso del tiempo fue que no había casi nadie. Como mucho, las almas que sentía a lo largo del reino, el único restante en el mundo, superaban por poco las dos mil.

Fue ahí, tras un mes entero de caminata desolada, que lo noté.

... Oh, hay alguien más acabando con todos.

Corrí. Aunque el sufrimiento me hacía más salvaje, me sentí extrañamente concentrado.

Se suponía que el deseo de existir fue erradicado en casi todo el reino por la noticia de que «el Abismo» volvió para llevarse el alma de todos, pero el patrón de inexistencias de los pocos restantes no me decía eso.

Aceleré.

—¿Cómo se atreve alguien? ¿¡Cómo se atreve a quitarme los pocos que deben sufrir?! ¡Cualquiera restante sólo merece el sufrimiento por mi mano! ¡Un sufrimiento milenial!

A pesar de los tantos kilómetros que me separaban del alma más cercana, llegué a su poblado y la encontré.

Alma uno.

—No eres a quien busco —dije a cuarenta metros y la maté poco después.

¿Qué pasaba con que todo el poblado fuera destrozado? No es como que hubiera alguien a quién guardar para después darle su respectivo sufrimiento.

Alma cuarenta.

Así continué. Acabé con toda existencia que encontré o me encontró, de la forma más rápida pero dolorosa posible. Lamentablemente, sabían a qué venían. Una vez se veían derrotados, inexistencia inmediata.

Alma trescientos.

Cada enfrentamiento solía tomar unos cuantos días. Después de todo, Leiden sólo me hizo frente porque desarrolló la corrosión durante los diez años que me mantuvo encerrado.

—Alma novecientos.

Sólo restan doscientas y, aun así, nadie se ha unido contra mí.

Viendo el muro de dolor absorbente de luz resultado de este combate, sentí algo de nostalgia. Recordé todo el masivo reino de Tevel en su punto más alto. ¿Qué mejor mundo había para vivir? Y ahora, en ese momento, sufría sobre los restos del último pueblo en buen estado, el cual acababa de destruir.

Por un lado, me sentía culpable por destruir de esa manera todo lo que creé; por otro, me satisfacía que al fin estuviera logrando mi meta. Dicho eso, no todo lo destruí yo.

No puse pie en la otra mitad de Tevel, pero tampoco existe ahora. De hecho, siento un gran vacío, uno... brillante. ¿Quién es el causante?

Quien fuera, era el merecedor de mi mayor sufrimiento. Aunque me ayudara indirectamente, seguro que sólo lo hacía por su satisfacción.

Al menos, eso implica que todos los otros se están llevando su merecido sufrimiento. No tengo mucho de qué arrepentirme.

Con eso, aparté la jaula de oscuridad de dolor, haciendo un simple gesto. La desintegré.

—Qué gran poder he aprendido con todas estas almas.

—¡Alma novecientos noventa y nueve! —exclamé en la cúspide tanto del sufrimiento como de la emoción, nueve años después.

—¡P-por favor...!

—¡Sí..., tu tiempo ha llegado, finalmente! ¡El de todos! ¡Mi más sentido placer!

A lo largo de los últimos nueve años, descubrí, o creé, la forma de evitar la inexistencia inmediata; de hecho, ¡en absoluto! Se volvió mi decisión por completo.

Para la última alma antes de la asesina, claro, preparé un escenario especial.

La sostuve del cuello y la estrellé contra el suelo casi perfectamente plano, y me subí encima suyo, con dos cuchillos como único resultado del alma. El resto, aparte del torbellino tortuoso de sus emociones, eran elementos físicos.

Me acostumbré tanto a usar el alma que, desde que estoy aquí, no he acabado a alguien con mi propio cuerpo.

—¡Alégrate, me servirás!

Clavé un cuchillo en su frente, lo que produjo un resonante ruido seco.

El alma de todos los mil era por poco inmune a todo efecto físico, por lo que el único sufrimiento era el de lo creado por mí sobreponiéndose en ellos.

Los diferentes pero iguales gritos siempre rompían el silencio. Cada lado tenía su hermosura. Ese día no fue la excepción, claro.

De arriba a abajo, mis brazos se movieron. Incontables veces enterré y desenterré ambos cuchillos. Cuando me agotaba, sólo reponía mis fuerzas.

Nunca pensé experimentar el mayor sufrimiento junto al mayor disfrute de la historia a la vez. ¡Pero el placer dominó!

Continué. Continué y continué.

—¡Se acabó! ¡El sufrimiento del alma última llegó a su fin!

Tras un número que desconozco de días, finalmente me detuve. Ante el repulsivo olor a sudor, me restauré y me levanté, mirando al intocado cuerpo en apariencia.

—Qué pena. Si Leiden no me hubiera corroído, les habría podido dedicar mucho más tiempo a cada uno. —Suspiré profundo—. Pero con esto fue suficiente. Hasta nunca.

Cuando liberé al alma del torbellino emocional, ésta dejó de existir al instante, y noté mi pequeño error.

Era el alma penúltima. Ahora sigue la verdadera última. El alma cuya existencia sólo transmite vacío.

Miré al suelo, después al cielo; la nieve de un invierno del que nunca caí en cuenta dejó de caer. Un escalofrío me azotó sin piedad.

—¿Fue éste... mi último invierno?

Lo siento mucho, Hin'ah... Te decepcioné.

Quise lamentarme, pero temí que fuera mi último lamento. No me quedaba tiempo; también era lamentable, ya que fue mi propia culpa.

A través del suelo de nieve pálida, caminé hacia la única presencia que sentía en este mundo. La única extrañeza.

Con el tiempo, sentí otra extrañeza, un sentimiento de... familiaridad. Por un momento, consideré cierta posibilidad, pero era algo diferente.

¿Hacia dónde me dirijo?

Poco después, me detuve al notarlo. No sólo iba hacia la única presencia, sino hacia el único resto del castillo donde todo empezó.

A quinientos metros de mí, de alguna forma, escuché unas palabras de carisma vacío:

—Al fin volvió, «Rishon». Bienvenido de vuelta; le guardé un antiguo compañero, Hakah.

Incluso desde aquí, podía notar su pulida cabellera roja hacia atrás, mas esa desinteresada pero elegante mirada verde. Lo extraño eran los recuerdos que evocaban sus vestiduras de noble beige con acabados dorados... Se veía exactamente igual que cuando me abandonó, cuando murió.

Cuando cerré la distancia entre la presencia y yo como una bala, todo, de repente, empezó a volverse de oro justo desde sus pies. Detrás de él, estaba mi antiguo trono, Hakah, igual de dorado.

—Se tardó bastante —continuó con una sonrisa carente de emoción—. Fue obvio que era usted desde el principio, hace noventa y nueve años, ya.

Algo estaba mal. Tenues destellos lejanos volvieron. Desde las profundidades de todo mi sufrimiento, atrapé uno.

Yo lo conocía.

—... ¿Eres tú, Gah...?

—Aquí —interrumpió con falsa gracia—, mi nombre es Einfacht. Ahora soy alguien simple. El día final de las existencias humanas ha llegado. ¿Por qué no inmortalizarlo?

La razón por la que fui inmortalizado en vida estaba frente a mí. El hombre que vino a mí poco después de que mi esposa, Hin'ah, muriera. Supuestamente, era un científico muy talentoso oculto, pero pronto descubrió la cura absoluta para la vejez. Eso fue más que talento.

Entonces fue así.

Todavía sentía una extrañeza. Había dos familiaridades provenientes de Einfacht. La primera, lo conocí en vida; la segunda...

—Tú mismo fuiste quien se entregó al dios para traerme aquí. Entiendo. —Di un paso hacia él—. El alma que se me regaló es en realidad tu alma, ¿no, Rishon?

Él era la pieza vacía faltante en «mi» alma.

—Bueno, ahora ese nombre le pertenece, señor. Pero puedo continuar llamándolo Acharon.

Al igual que hace nueve siglos, mantenía su gran formalidad impasible, con ambas manos cruzadas en la espalda y una elegante sonrisa sin verdadero brillo.

—¿Por qué fuiste a ayudarme?

—Qué obviedad. ¿No le dijo usted al dios que su voluntad es inexorable? Él sólo le creyó y vino a mí, el ser más poderoso, en busca de ayuda. Por supuesto, escenarios así se repitieron incontables veces; al final, siempre terminaban rindiéndose. Pero él me demostró que era distinto, un poseedor de una voluntad inexorable, así que lo ayudé. Después de todo, tenía todo el tiempo del mundo.

Una extrañeza.

—Espera... ¿A qué tipo de pruebas lo sometiste para concluir eso?

Mi corazón quiso explotar. Una extrañeza.

—Sólo las necesarias. No habría accedido si no lo hubiera deseado. —Sonrió con falsa nostalgia—. Desear... Eso es un viejo recuerdo.

Empecé a conectar los puntos.

—Dímelo. Dime lo que le hiciste sufrir.

Perdió toda expresión. Tras unos momentos, puso su mano sobre mi hombro.

—Mis disculpas, señor Acharon. Temo que su voluntad rompería si lo supiera. Nadie querría eso. En especial, el mismo «dios», o, bueno, Hin'ah.

¿Qué...?

Pasando a mi lado, preguntó confundido:

—¿Tan poco lo sabía? Parece que tanto sufrir le afectó demasiado. Más importante, su voluntad se acaba. ¿Qué hará ahora, señor Acharon?

Perdí todas mis fuerzas, pero algo hizo Einfacht que me mantuvo de pie.

¿Puedo soportarlo?

Aunque eso me pregunté, no era una opción. Debía soportarlo. No, mucho más que eso.

¡Yo fui quien te causó todo, Hin'ah!

En ese momento, sentí que todos los cien años de sufrimiento que pronto cumpliría convergieron en mi alma. Un grito visceral me desgarró así como al aire, que empezó a tornarse dorado.

¡Necesito más! ¡Más sufrimiento!

—¡Cien años nunca serán suficiente!

—¿Terminó? —preguntó Einfacht desde detrás. Sonó aburrido, incluso—. Ya no tiene uno o dos años para lamentarse. De hecho, esa extrañeza en su alma, ¿corrosión?, está tomando el control. A su existencia le quedan minutos.

Antes de analizarlo, me encontré sentado en el trono dorado. De alguna forma, sentí claridad. ¿Fue gracias a él...?

Frente a mí, solemnemente, Einfacht se inclinó con una mano en el pecho y la otra extendida a mí, terminando apoyado en el suelo sobre una rodilla, tal como un príncipe ante su rey.

—Parece que «todo el tiempo del mundo» llegó a su fin —dijo—. Por favor.

—Al igual que el sufrimiento.

Con eso, fusioné nuestras almas a través del contacto con su brazo derecho extendido, lo que nos empezó a convertir en oro. Como esperé, fue posible gracias a que, esencialmente, nuestra alma era la misma.

Hasta siempre, Einfacht; o, más bien, Rishon.

Mi sufrimiento artificial se transmitió por completo a su alma vacía, pero sentí que ese mismo sufrimiento se burló de mí.

Por primera vez en mi vida, vi a Einfacht mostrar una expresión genuina. Satisfacción.

—Interesante. Sólo la mitad de su sufrimiento total es gracias a este efecto. —Me miró con una extraña sonrisa—. ¿No cree que ya sufrió suficiente? Bueno, no podré verlo, así que no hay sentido en preguntar; sólo en imaginar.

Esas fueron sus últimas palabras.

Él, al igual que yo, se volvió de oro.

Quedé en la soledad, en medio del infinito mundo dorado, tomándole la mano a la estatua dorada de Einfacht, el dorado. Yo era el único restante.

Al fin, dios..., Hin'ah. El sufrimiento acabó aquí. ¿Cuándo acabará el mío?

Cuando tuve ese pensamiento deseoso, la atmósfera se volvió más fría, más pálida. Un copo de nieve descendió hacia mí. Cuando pasó junto a mi rostro, sentí un suave dedo ponerlo sobre mi mejilla izquierda. Ahí, todo el sufrimiento que me infundí desapareció y una dulce voz acarició mi oído.

—Feliz milésimo cumpleaños, Acharon.

De repente, todo volvió. Fui transportado a lo más alto. Hacía un siglo exacto que no estaba ahí, en lo más alto de Tevel.

Podía moverme de nuevo.

Estoy en mi mundo.

Desde la grieta pálida en la realidad al borde del gran barandal, salió una hermosa mujer de ojos igual de pálidos, hacia la que corrí de inmediato tras levantarme de Hakah, el trono dorado.

—Hin'ah.

No me salieron más palabras antes de sumirme en sus suaves brazos.

—No hay problema —dijo dulcemente—. Ya puedes descansar.

—... No...

—Shh. Descansa, mi querido Acharon. También lo harán todos, como siempre quisiste. No hay nada de qué arrepentirse. No hay razón para mirar al pasado.

Después del minuto de silencio más suave que viví, pude hablar. Por supuesto, fue porque pensar más sobre el destino que le causé quitaría la hermosura de este momento.

—Hin'ah..., ¿piensas acabar con el sufrimiento de todos por el bien?

Ante eso, sus suaves movimientos se detuvieron.

—Así que cambiaste... Supongo que Rishon estaba en lo correcto.

Sonriendo, caminó hasta el trono y se sentó. Cuando consideré cierta posibilidad, ella la confirmó con un aplauso que hizo caer desde el techo dos extrañas trompetas doradas.

—¿Rishon?

—«Este plano no es para él. Aunque logre cumplir su objetivo, no lo hará por la misma razón por la que entró», dijo después de morir tras crear la inmortalidad en este plano. No lo creí, pero aquí estás, demostrándolo.

—... Y no tuvo que hacer nada para que fuera así.

—No lo dudó; incluso creó estas trompetas. «Tal sufrimiento ligado al alma hará que sea imposible desear existir». Y, bueno..., me lo demostró.

Caminé hacia ella y, al mismo tiempo, nos agachamos y recogimos una trompeta. Yo recogí la derecha. Por un instante, noté una leve diferencia entre ellas, pero la ignoré.

Caminamos al borde del castillo, del mundo.

Las hiciste tú, ¿no, Einfach? Aunque no pueda perdonarte por lo que sufrió Hin'ah por tus pruebas...

—Pero —dijimos al unísono y continuamos con grandes sonrisas—: ¿Acaso afectará el resultado?

Ya fuera por el bien de su sufrimiento o por el del descanso, ¿qué importaba?

... Gracias.

El invierno de ese día era más pálido, más frío. Era por ser el día final.

Las dos trompetas del fin resonaron.

Con el sonido que rápidamente llegó hasta todos, llegó la muerte, la inexistencia.

Por desgracia...

Hubo un alma que se «salvó».

Recordé el nombre de quien fue Einfacht en vida, cuando me sirvió, así como de esas palabras que tomé como otro de sus delirios científicos sin verdadero sentido.

«A veces, puedo ser algo caprichoso. Tener demasiado poder implica saber los resultados de escenarios que preferiría mantener en un 50/50. Estoy trabajando en eso, aunque no sé si podrá verlo».

—¿A esto te referías, Gahma?! —grité.

Yo era ese único existente. El último existente. Veía a Hin'ah, pero sólo a través de mis recuerdos. Ella desapareció; yo no.

Todos debíamos.

Y ahora... la elección de mi inexistencia era completamente mía.

En el fondo, pensé que me iría sin el merecido sufrimiento, pero... ¿qué excusa tenía ahora?

Mi mirada, quebradiza como la obsidiana, se hizo polvo.

... Mi más sentido... pésame.

FIN